

Esplendor y miseria de las Olimpiadas modernas

Julián Abad

*Del 5 al 22 de agosto de 2008,
se celebran en Beijing los XXIX Juegos
Olímpicos de la Edad Moderna.*

*Los juegos pequineses añaden a las
dimensiones deportivas y de solidaridad
que todos tienen, un profundo
significado político, no ausente nunca,
pero menos que nunca en Beijing.*

*Al celebrarse en unos momentos
en que China experimenta un
gigantesco proceso de transformación,
los XXIX JJOO pueden significar el
definitivo final de la política de
humillación, aislamiento, o recelo
que ha caracterizado históricamente
las relaciones entre China y Occidente.*

Los Juegos Olímpicos son mucho más que una renovación cuatrienal del espíritu de Olimpia con su exaltación de la paz, el esfuerzo humano y la limpieza competitiva. A esta grandeza ideal se le han ido adhiriendo, como a toda obra humana, no pocas miserias, ocasionales unas y permanentes otras: explotación, dopaje, subordinación a los intereses comerciales, discriminación, etc. Los Juegos Olímpicos de Pekín, que en grandiosidad y posibilidades comunicativas superan a todos los precedentes, serán la mejor plataforma para mostrar ante el mundo la grandeza y las miserias de las Olimpiadas.

El ideal olímpico

Aunque en el lenguaje ordinario solemos usar como sinónimos los térmi-

nos «Olimpiada» y «Juegos Olímpicos», éstos no eran sinónimos en Grecia ni lo son en la actualidad. Olimpiada era y es el período de cuatro años que media entre la inauguración de unos Juegos Olímpicos y la clausura de los siguientes. En Grecia los años se contaban a partir del inicio de los primeros juegos panhelénicos en Olimpia, cuya fecha se fijó en el año 776 a. C. Cada año se designaba con el ordinal del año (1°-4°) y el ordinal de la olimpiada. Así, el año 3° de la 48ª olimpiada equivale al año 583 a. C.

En 1863 nació en París, en el seno de una familia aristócrata franco-italiana, un personaje llamado a recuperar el espíritu de los juegos panhelénicos de la antigüedad. Se trataba de Pierre Fredy, *barón de Coubertin* (1863-1937), que se educó en un colegio jesuita y emprendió estudios de Ciencias Políticas, pero los cambió pronto por los de pedagogía. Viajó por todo el mundo y en el Reino Unido estudió el funcionamiento de la *Rugby School*, cuyos alumnos venían obteniendo excelentes resultados deportivos y académicos. Desde entonces se convirtió en un decidido defensor del deporte como medio ideal para fortalecer el cuerpo y la voluntad, forjar el carácter y desarrollar vínculos de solidaridad e igualdad entre personas de diferente raza, nacionalidad o condición social.

Aunque el Barón de Coubertin fue un intelectual que plasmó su preocupación pedagógica en varios libros sobre temas educativos —*Gimnasia uti-*

litaria, análisis universal y Respeto mutuo—, no ocuparía el lugar de honor que ocupa en la historia, si no hubiera tenido el coraje de llevar sus ideas a la práctica rescatando del olvido el espíritu de los Juegos Olímpicos de la antigua Grecia.

Como casi siempre, la historia hace justicia a unos y es tremendamente injusta con otros. Fue justa con Coubertin, pero no lo ha sido con Evangelios Zappas, un magnate griego que propuso la restauración de los juegos varios años antes de nacer Coubertin y que, entre 1859 y 1889 patrocinó la celebración de ellos en varias olimpiadas, limitadas a Grecia, que por entonces vivía el fervor romántico-nacionalista de su reciente independencia de Turquía (1830). Zappas, tan entusiasta como mal organizador, no consiguió consolidar su sueño, pero dejó en testamento toda su fortuna para que pudiera desarrollarse la idea por la que había luchado durante toda su vida.

Coubertin, con igual entusiasmo pero con mucha más capacidad organizativa, asumió el proyecto de Zappas y lo universalizó. Para ello creó numerosas asociaciones deportivas internacionales y en 1894 logró reunir en París a representantes 14 países. En esta reunión se perfiló el proyecto de resucitar los juegos olímpicos griegos, se creó el COI (*Comité Olímpico Internacional*) y se decidió que los primeros juegos olímpicos de los tiempos modernos se inaugurarían en

Esplendor y miseria de las Olimpiadas modernas

1896 en Atenas, para mostrar que se sentían herederos de los juegos panhelénicos de la antigüedad.

Legado olímpico de la antigua Grecia

En la Grecia antigua se celebraban juegos periódicamente en todas las ciudades, pero había cuatro centros en los que se celebraban los juegos panhelénicos, es decir, juegos en los que participaban atletas de todas las *polis* griegas. Estos cuatro lugares eran Olimpia, Corinto, Delfos y Nemea. Sin duda, los juegos olímpicos superaron en importancia a todos los demás. Inicialmente se celebraban cada ocho años, período al que los griegos llamaban gran año y que constaba de 2.920 días (99 lunas). Pronto alcanzaron tal éxito que los *anfictiones* (delegados de las ciudades de la Hélade) decidieron celebrarlos cada cuatro años.

Los juegos griegos eran sustancialmente festividades religiosas. Los juegos de Olimpia y de Nemea se celebraban en honor de Zeus, el mayor de los dioses; los juegos de Delfos (*piticos*) en honor de Apolo, dios de la belleza y el arte, y los juegos de Corinto (*ístmicos*) en honor de Poseidón, dios del mar y de las aguas. El carácter religioso fue lo que sirvió de argumento al emperador Teodosio, que había establecido el cristianismo como religión oficial (Edicto de Tesalónica, 380), para suprimir en el año

393 los juegos, puesto que no eran compatibles con el cristianismo.

En Olimpia, desde tiempo inmemorial se creía que Zeus moraba, además de en el Olimpo, en el espeso bosque sagrado situado al pie de la colina vecina de Cronio. Hacia el año 470 a. C. se inició la construcción del gran templo, en el que se colocó la estatua criselefantina (de marfil y oro) tallada por Fidias y que, junto con la de Atenea en el Partenón ateniense, fue la estatua de su género más famosa de la antigua Grecia. De este modo, el escenario de los juegos reforzaba su significado religioso. El olimpismo moderno conserva muchos elementos de religión laica: llama y antorcha, himno, credo (carta olímpica) y ceremonias.

De todas las ciudades griegas se desplazaban hasta Olimpia verdaderas muchedumbres de personas para participar o asistir a los juegos, en largas caminatas que tenían más de peregrinación que de caravana deportiva. En los juegos griegos no había premios materiales. Los vencedores en los juegos adquirían gran notoriedad, eran honrados como héroes, cantados por grandes poetas como Píndaro y tomados por modelos por los mejores escultores como Mirón. Pero no podían recibir recompensas materiales, excepto algunos regalos. El galardón por la victoria consistía en una corona vegetal, sin más valor que el simbólico: en Olimpia la corona era de olivo, que significa el triunfo del trabajo y de la

paz sobre la guerra; en Corinto se los coronaba de pino, símbolo del vigor físico y de carácter; en Delfos la corona era de laurel, emblema de las artes y la música; y en Nemea se coronaba a los ganadores con apio, símbolo de la «memoria imperecedera». Estos cuatro simbolismos están presentes en las

*el movimiento olímpico
tiene como primer objetivo
contribuir a la construcción
de un mundo más justo
y pacífico mediante la práctica
del deporte sin discriminaciones
de ninguna clase y dentro
del espíritu olímpico*

Olimpiadas modernas, donde las coronas vegetales se han sustituido por medallas.

Durante los juegos griegos debía observarse una tregua sagrada (*Ekecheiria*). Esta tregua, decretada tres meses antes del inicio de los juegos, debía permitir el desplazamiento tranquilo de los peregrinos hasta la ciudad de Olimpia y la celebración segura de los juegos. La tregua olímpica exigía cesar en toda actividad bélica e incluso estaba prohibido entrar armado en el territorio de la *Élide* (región circundante de Olimpia). Todas las polis se comprometían a castigar severamen-

te a los violadores de la tregua sagrada, como ya sucedió en una ocasión en que los espartanos tomaron por las armas una posición a treinta kilómetros de Olimpia y fueron obligados por las otras polis a retirarse.

Los juegos griegos tenían como finalidad alcanzar la *areté*. El término *areté* es uno de los más ricos en significados intelectuales y éticos. En Grecia significó virtud, excelencia, magnanimidad, dominio de sí (*sofrosyne*) y justicia (*dikaiosyne*). La *areté* era el último objetivo de la educación (*paideia*). Para ser admitidos a los juegos, los atletas debían jurar que procederían, en cuerpo y alma, conforme al ideal de la *areté*. Ello significa que los juegos olímpicos tenían en Grecia la consideración de verdadero itinerario educativo para la excelencia.

La Carta olímpica y el espíritu olímpico

La Carta olímpica es el documento que contiene los principios fundamentales del movimiento olímpico moderno. Desde su instauración en 1896, los juegos olímpicos han experimentado muchos cambios y regulaciones divergentes. En agosto de 1994, se celebró en París el XII Congreso Olímpico, denominado «congreso de la unidad», del que deriva la actual Carta olímpica en la que, además de los principios heredados de Grecia, se regulan la convocatoria, ce-

Esplendor y miseria de las Olimpiadas modernas

lebración y condiciones de participación en los juegos olímpicos.

EL COI y los diversos Comités Olímpicos nacionales son los encargados de velar por la estricta aplicación de la Carta olímpica, que define el Olimpismo con una frase que es casi la definición de la *areté* individual y social: *es una filosofía de vida que exalta y combina armónicamente las cualidades del cuerpo, de la voluntad y del espíritu, aliando el deporte con cultura y la educación... El Olimpismo se propone difundir un estilo de vida basado en la alegría del esfuerzo, el valor del buen ejemplo y el respeto de los principios éticos fundamentales. Como consecuencia, exige el desarrollo armónico del hombre y el establecimiento de una sociedad comprometida con la dignidad humana.*

Todos los miembros del COI se susciben personalmente un documento en el que se obligan, entre otras cosas, a promover una *ética deportiva* basada en los principios morales universales, la lealtad a las normas y el esfuerzo noblemente realizado (punto 6); a exigir la práctica del juego limpio y perseguir las prácticas fraudulentas (punto 7); a luchar especialmente contra el dopaje y proteger la salud de los atletas (puntos 8 y 9); a oponerse a la utilización abusiva, política o comercial, del deporte y de los atletas (punto 10).

El movimiento olímpico tiene como primer objetivo contribuir a la construcción de un mundo más justo y pacífico mediante la práctica del deporte

sin discriminaciones de ninguna clase y dentro del espíritu olímpico, simbolizado en los cinco aros del emblema, que representan los cinco continentes, y los cinco colores fundamentales, que representan todas las razas. El objetivo olímpico es tarea de todos los días y obligación permanente de las autoridades de todos los países.

No se pueden juzgar épocas pasadas con los criterios imperantes en la actualidad. Pero, si comparamos el olimpismo moderno con el de la Grecia clásica, no cabe duda de que el moderno ha incorporado elementos del progreso moral acumulado por la humanidad durante los siglos transcurridos. Los juegos griegos estaban reservados a los varones libres; ni los esclavos ni los extranjeros ni las mujeres podían participar. En los juegos modernos, cualquier discriminación es causa suficiente para negar la participación o para expulsar a quien la practica. La exclusión de Sudáfrica mientras duró el *apartheid* es un ejemplo meridiano. El mismo propósito de mejorar el mundo entero constituye una notable ampliación moral del olimpismo griego, sin que por ello dejemos de reconocer que, sin aquellas raíces, no tendríamos estos tallos.

Historia de la política reciente

Entre un ideal y su ejecución siempre media un trecho. Entre los hermosos ideales del olimpismo y su realización

práctica hay lógicamente desajustes y, a veces, verdaderas contradicciones.

La primera de ellas es la politización. Por más que el COI advierta contra la excesiva politización de los JJOO, ésta es inevitable. Siempre que se produce un acontecimiento de masas de tanta repercusión debe esperarse que tanto los gobiernos como los grupos antisistema aprovechen la ocasión para hacer propaganda de sus logros o de sus ideas. En la elección de sedes, en los boicots, atentados, manifestaciones, propaganda y anti-propaganda afloran ingredientes de politización.

La historia olímpica está llena de ejemplos de uso político. El más antiguo es el de la exaltación del *Black Power* en México (1968). Los juegos de México se celebraron en un ambiente de mucha tensión mundial (mayo del 68), especialmente aguda en el país organizador donde poco antes se había producido la matanza de la Plaza de las Tres Culturas (80 estudiantes muertos). Cuando subieron al podio los vencedores de la carrera de 200 m, los estadounidenses Tommie Smith (medalla de oro) y John Carlos (medalla de bronce), ambos de raza negra, alzaron el puño enfundado en un guante negro, gesto simbólico del *Black Power*, movimiento revolucionario que luchaba por la igualdad y autonomía de la minoría negra en Estados Unidos. A la vuelta a su país, ambos atletas fueron marginados, tuvieron dificultades para encontrar trabajo e incluso domésticas: la espo-

sa de Carlos se suicidó y la de Smith se divorció. Pero también fueron aclamados por la mayoría de los movimientos «pro derechos civiles», muy activos por entonces en EE UU.

El más destacado es la matanza de Munich (1972). El 5 de septiembre de 1972, durante la celebración de los XX Juegos Olímpicos, celebrados en la ciudad alemana de Munich, un comando palestino del grupo *Septiembre Negro* tomó como rehenes a once atletas de la delegación israelí que fueron posteriormente asesinados. En el asalto perecieron también cinco terroristas y un policía alemán. El impacto en la opinión pública mundial fue tremendo, pues la tragedia pudo verse por televisión en prácticamente todo el mundo. Desde entonces las medidas de seguridad se han extremado y es poco probable que pueda repetirse una tragedia semejante. Pero aquella acción de *Septiembre Negro* puso de manifiesto que los JJOO iban a ser una excelente plataforma política. A pesar de la tragedia, los juegos sólo fueron suspendidos durante un día para continuar después con el calendario de competiciones. Los intereses económicos pesaron más que el dolor y los sentimientos morales.

Otro incidente significativo fue el boicot de EE UU a los juegos de Moscú (1980) y de la URSS a los juegos de Los Ángeles (1984). Las expectativas ante los juegos olímpicos de 1980, los primeros que se celebraban en un país comunista, eran tan grandes co-

Esplendor y miseria de las Olimpiadas modernas

mo las actuales ante los juegos de Beijing. Pero un año antes de celebrarse, en 1979, el ejército soviético invadió Afganistán y Estados Unidos, el país que más atletas aporta, decidió no participar. Al boicot americano se unieron Canadá y otros países. Además, en la sesión inaugural, algunas delegaciones, en lugar de desfilar bajo su enseña nacional, lo hicieron con la bandera olímpica, como gesto de protesta.

En represalia por el boicot americano, la Unión Soviética decretó el boicot a los siguientes juegos que se celebraron en Los Ángeles (EE UU). El boicot fue seguido por 14 países deportivamente muy importantes, pues en la Olimpiada de 1976 habían conseguido el 58% de las medallas.

Todo ello demuestra que los JJOO se estaban convirtiendo en el más codiciado escenario para representar el enfrentamiento de los bloques durante la guerra fría. Se comparaban las medallas obtenidas por EE UU con las obtenidas por URSS para inferir de esta comparación la supuesta excelencia de un sistema sobre el otro. Afortunadamente, ese peligro desapareció en 1989, no por conversión de voluntades, sino por desintegración del bloque comunista.

En la actualidad, la politización es causada por los países organizadores que aprovechan los JJOO como escaparate y por los grupos antisistema. Después del 11-S, se teme más que a

nada a la irrupción propagandística y terrorista de *Al Qaeda*.

Y escaparate de la cultura

El movimiento olímpico nació sobre la base de que sólo deportistas aficionados podrían participar en los juegos. Pronto se comprobó que cada vez participaban más deportistas abierta o camufladamente profesio-

*el espíritu olímpico se puede
sustanciar en la máxima
«lo importante no es vencer,
sino participar», acuñada por
el propio barón de Coubertin
y convertida en lema y norma
de vida por millones de jóvenes
que practican deporte sin
desmayo, aun a sabiendas
de que sólo unos pocos
alcanzarán el triunfo*

nales, es decir, pagados por clubes o por enjundiosas becas de los Estados. En 1976, ante las acusaciones de que competían atletas profesionales y la dificultad de alcanzar niveles de marcas altísimos si sólo participaban atletas *amateurs* el COI acordó autorizar que «los deportistas olímpicos pueden desarrollar actividades remuneradas

que les permitan dedicar tiempo a la preparación y entrenamiento». Esta fórmula permite al COI mantener la ficción y cerrar los ojos ante el evidente profesionalismo o superprofesionalismo de la mayoría, por no decir la totalidad, de los atletas olímpicos.

Durante noventa años los juegos olímpicos tuvieron graves dificultades para financiarse. Hasta el punto que, tras del enorme déficit de la Olimpiada de Montreal (1976) resultaba difícil encontrar ciudades candidatas. Pero, a partir de la olimpiada de Los Ángeles (1984), en la que por primera vez se admitieron patrocinadores o *sponsors*, los juegos olímpicos se han convertido en sustancioso negocio. El COI desarrolla sus costosísimos proyectos y alimenta su gruesa burocracia con los derechos de imagen, conexión, acceso a los estadios y difusión. Además de los miles de millones recaudados por estos conceptos, se recaudan muchos más —y de estos no se beneficia sólo el COI— por el diluvio universal de publicidad en todos los medios y países y por el espectacular *merchandising* que se genera en torno a los juegos: mascotas, estatuillas, medallas, prendas de vestir, calzado, material deportivo, etc. La tendencia a la mercantilización es creciente: cada juego supera la cifra de negocios del precedente.

Cuando se manejan cifras de dinero tan mareantes, es difícil evitar que alguien no meta la mano en la caja. De hecho se han denunciado corrupcio-

nes, incluso de miembros del COI que, según la acusación, fueron sobornados para que votaran la candidatura olímpica de una ciudad en perjuicio de las otras concurrentes.

El espíritu olímpico se puede sustanciar en la máxima *lo importante no es vencer, sino participar*, acuñada por el propio barón de Coubertin y convertida en lema y norma de vida por millones de jóvenes que practican deporte sin desmayo, aun a sabiendas de que sólo unos pocos alcanzarán el triunfo. Pero existen agujeros negros que se han tragado el espíritu olímpico. En demasiados casos, lo importante ya no es participar, sino vencer. Los atletas, sus patrocinadores, la inmensa multitud de los beneficiarios y los Estados bajo cuya bandera compiten necesitan la victoria. Sólo los triunfos pueden multiplicar el capital invertido. Al vencedor se le admira, se le abren las puertas del éxito social, se le cotiza al alza como imagen publicitaria, se le convierte en emblema de prestigio político. Y todo ello representa dinero, mucho dinero, la nueva manzana ante la que claudican casi todos los pobladores de los paraísos consumistas de nuestro tiempo. En resumen, aunque se diga lo contrario, para la mayoría, es importante participar, pero es más importante vencer.

El *doping* es una lacra que se ha infiltrado en todos los deportes. Son ya más de quince atletas olímpicos los que han sido sancionados por tomar sustancias dopantes. El caso más fa-

Esplendor y miseria de las Olimpiadas modernas

moso fue el del atleta jamaicano fue el de Ben Jonson, vencedor de los 100 m lisos en Seúl (1988) que dio positivo en el control antidopaje y fue desposeído de la medalla. Cinco años después dio nuevamente positivo en una prueba y fue descalificado a perpetuidad. Después de Jonson han sido varios los atletas olímpicos descalificados por dopaje.

Existe el convencimiento de que el dopaje está mucho más extendido de lo que se descubre. Hay médicos «deportivos» especializados en enmascarar las sustancias prohibidas, de forma que resulta muy difícil descubrirlas en un análisis normal. Además, los jóvenes que apuntan especiales cualidades atléticas son desde temprana edad sometidos a experimentos por los llamados «doctores pastilla». El COI extrema cada vez más la vigilancia y sanciona fuertemente a los transgresores, porque es consciente de que una actitud permisiva supone el final del olimpismo a corto plazo. Sus castigos son disuasorios: en 2006, el COI descalificó a perpetuidad seis atletas juveniles que habían participado dopados en los Juegos Olímpicos Juveniles de Turín. La necesidad de medidas como ésta demuestra hasta qué punto la droga ha infectado el deporte.

Pequín 2008

Los JJOO de Beijing superan en grandiosidad e impacto a todos los prece-

dentos. Se celebrarán 302 competiciones (nueve más que en Atenas 2004), participarán 16.000 atletas de 121 países, la villa olímpica ocupa 400.000 metros cuadrados y el parque olímpico 1.215 hectáreas. Si a ello añadimos el estadio olímpico y las excelentes instalaciones construidas en las cinco sedes olímpicas, tendremos una imagen del colosalismo del escenario de los juegos.

China fue elegida como sede de los JJOO-2008 en Moscú (2001), donde tuvo que competir con otros cuatro países finalistas: Francia, Canadá, Japón y Turquía. Toronto (Canadá) y París (Francia) reunían mejores condiciones que Beijing, pero los miembros más influyentes del COI, por razones políticas, económicas y morales, mostraron un gran interés en que el país organizador fuera China. El argumento decisivo fue que los JJOO podían significar un motor de los derechos humanos en un país que frecuentemente es acusado de vulnerarlos.

Las autoridades chinas, conscientes de que la elección de Beijing provocaría rechazo, acuñaron un eslogan que evocaba su voluntad de evolución y, al mismo tiempo, apelaba a la renovación de los propios juegos: *nuevo Beijing, nuevos juegos*. Al aproximarse la celebración de los juegos, China redobló su esfuerzo por mejorar su imagen y presentarse ante el mundo como un país respetuoso con las tradiciones y comprometido pacífica-

mente con el progreso hacia una humanidad más solidaria.

De ahí toda una serie de símbolos reconvertidos. El traslado de la antorcha desde Olimpia hasta Beijing recibió el nombre de *Viaje de la armonía* —el hecho de que, de las 136 ciudades visitadas por la antorcha, 115 fueran chinas demuestra la intención pedagógica que las autoridades chinas querían hacer con su propia población—. El lema general de los JJOO, repetido hasta la saciedad, hacía explícito el fin de construir otro mundo posible: *JJOO. Un mundo, un sueño*. Las cinco mascotas («Niños de la suerte» en chino, «Cinco amiguetes en español») representan cinco deportes asociados a los cinco colores de los aros olímpicos y a los cinco elementos de la armonía terrestre y celeste que establece el Taoísmo: agua, madera, fuego, tierra y metal.

Pero una cosa es programar y otra realizar y así las protestas iniciales a por la violación de los derechos humanos en China casi se habían reducido a las periódicas denuncias de *Amnistía Internacional*, cuando en los meses previos a la inauguración de los juegos, se produjo una revuelta en el Tíbet una revuelta que fue duramente reprimida, con la consecuencia de varios muertos, por las autoridades chinas, que administran ese terri-

torio desde que lo invadieron en 1959 y obligaron al *Dalai Lama* a exiliarse a la India. Estos episodios han desatado nuevas y airadas protestas: la antorcha Olímpica ha sido boicoteada a su paso por muchas ciudades, incluso ha tenido que ser trasladada clandestinamente. Algunos gobernantes han anunciado su no asistencia a la sesión inaugural. Por su parte, China ha dejado clara su posición de que «Tíbet es China» y ha amenazado con represalias a las empresas de países que de una u otra manera boicoteen sus juegos. Todas las miserias asociadas a la politización de los JJOO parecían resucitar.

Al lado de todo ello también existe la diplomacia olímpica y ésta se ha movido con eficacia tanto en relación a los organismos supranacionales (Consejo de Seguridad y Parlamento Europeo) como en relación a los Estados y a las organizaciones no gubernamentales. Así, ha conseguido que el presidente francés Nicolás Sarkozy y el Parlamento europeo se conformen con la promesa china de abrir conversaciones bilaterales con el Dalai Lama y que Amnistía Internacional en sus documentos se refiera al Tíbet, no como país, sino como «región autónoma china». De este modo, la grandeza de los JJOO ha puesto sordina a sus miserias, pero no las ha curado. ■